



Ciudad de México

La urbana pasión de Efraín Huerta

María Lorena Lozoya Saldaña*

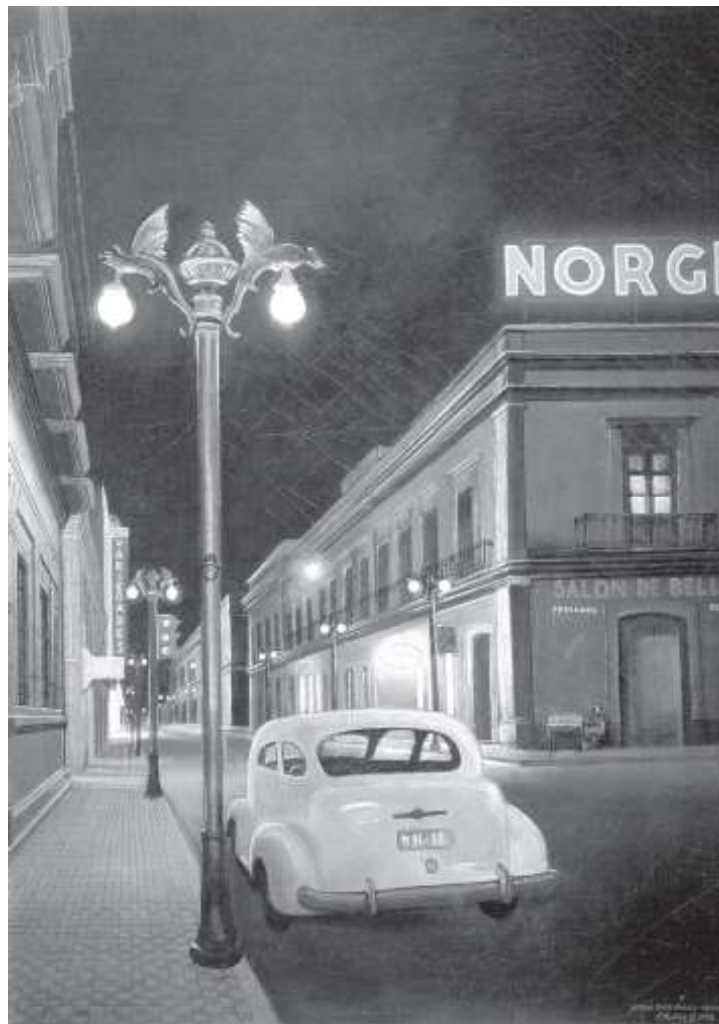
Conocer el lugar donde vivimos, sus espacios, las imágenes que nos hablan de sus habitantes, de los anhelos, miedos y expectativas. La ciudad cobijo, la ciudad abominable, que nos llena de gozo y espanto. Las calles adoquinadas o llenas de huecos tan oscuros como las vidas que las transitan. Ninguna certeza existe en los espacios que la urbe nos ofrece, sin embargo, en cada trozo de ella reconocemos a los nuestros y a nosotros mismos.

En 1944 la ciudad de México se convirtió en sujeto de ternura, odio, deseo y amor, pues en ese año se publicó *Hombres del alba*, libro central en la obra poética de Efraín Huerta «el gran cocodrilo»: «[...] en sus páginas recoge y proyecta la experiencia poética de la ciudad moderna en que se ha convertido la capital de nuestro país; porque en ese libro se afinan y perfeccionan en la tesitura de un tono propio, los grandes temas del amor y de la solidaridad [...]».¹

Raquel Huerta Nava, hija del poeta, asegura que su padre «perteneció a una generación nacida en la etapa más violenta de la revolución mexicana, y su conciencia se forjó al calor de las balas y de los cuerpos ensangrentados que contemplaba junto a sus hermanos desde su casa en Irapuato [...] su alma quedó profundamente marcada y esta temprana conciencia de lo absurdo del mundo se reflejó más tarde en su literatura, en los campos semánticos que el odio dejó sembrados en su corazón».

¹ David Huerta, *Efraín Huerta. Poesía completa (Prólogo)*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. VII.

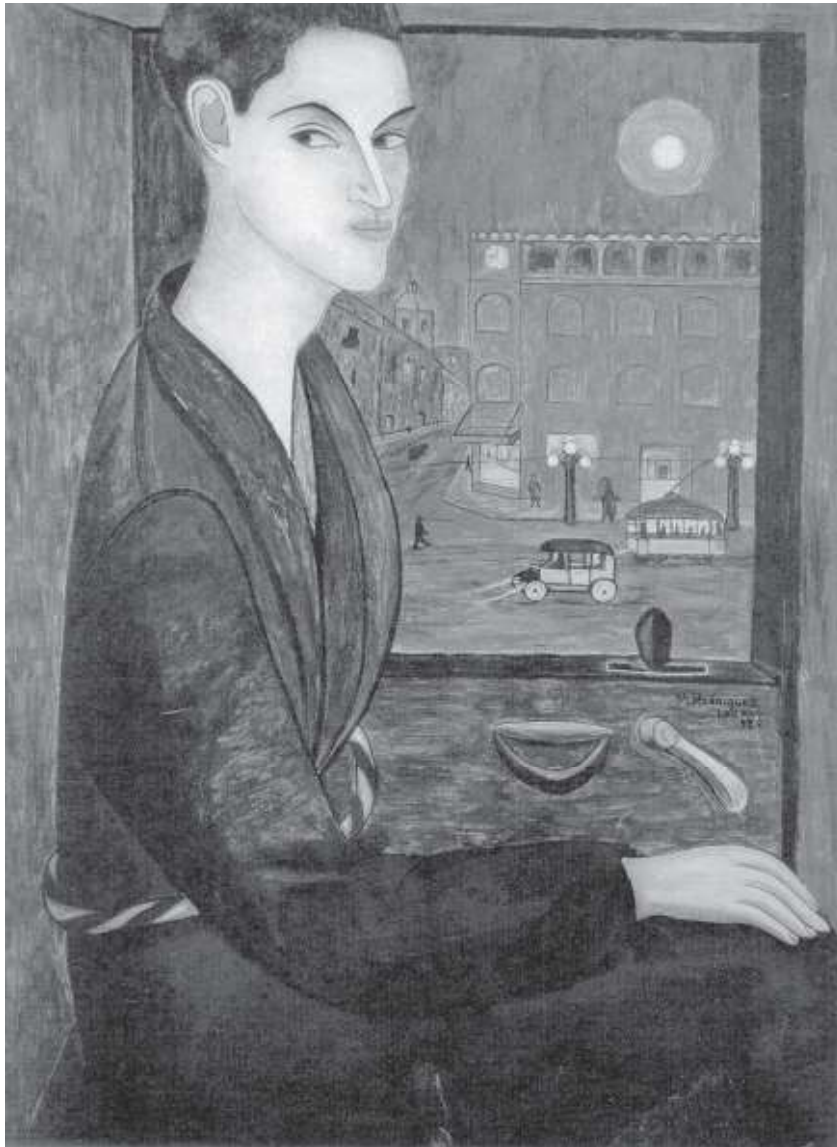
*Licenciada en Periodismo y Comunicación Colectiva. Coordinadora Editorial de *esencia y espacio*.



Antigua Calle de Juárez, 1952. F. Muñoz H.

Congruencia política y sensibilidad poética

Efraín Huerta nace en Silao, Guanajuato, en junio de 1914, año en que también nacen Octavio Paz (Mixcoac, marzo) y José Revueltas (Durango, noviembre): son tres «hijos de la revolución mexicana y del inicio de la primera guerra mundial» que se hermanan en la fábrica de palabra escrita y que la historia reunió en la ciudad de México, justo en el umbral de una etapa donde la capital inicia su proyecto modernizador, y para ello debe operar sobre un espacio repleto de tumbas y trincheras, viejas y nuevas, que arman el campo de batalla y el panteón de cada generación; a ésta le tocó una cruzada que desbordó su territorio y la inscribió en el escenario mundial de la guerra y la cultura. En este caso, el eslabón que articula a Paz con Revueltas es



Retrato de Salvador Novo (el taxi), 1924. Manuel Rodríguez Lozano.

la experiencia poética de Huerta, quien no sólo socializó su mirada, sino que la inmortalizó haciéndola trascender la historia con «Los hombres del alba», para ello bastó un breve periodo, hasta que la muerte paulatinamente los reunió de nuevo en la odiada y amada ciudad de México.

En 1930 llega a la ciudad de México para proseguir sus estudios de arte, iniciados en la Academia de Bellas Artes de Querétaro, sin embargo, no ingresa a la Academia de San Carlos, lo cual fue definitivo en su vida, pues en cambio se inscribió en la Preparatoria Nacional, donde conoció a un grupo de jóvenes que con el tiempo cambiarían la historia de las letras nacionales

En ese contexto conoció a Octavio Paz, Rafael López Malo, José Alvarado, Enrique Ramírez y Ramírez y Carmen Toscano, quienes comenzaron a publicar la revista *Barandal* y, luego, *Cuadernos del Valle de México*. En 1933 publicaron sus primeros libros, Octavio Paz (*Luna silvestre*) y Rafael Solana (*Ladera*). Es durante ese tiempo que Solana fundó la revista *Taller Poético*, «madre legítima» de *Taller*, afirmaba Huerta, revista que le dio denominación a esa generación.

Es el tiempo del gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) y en 1935, Huerta, a los 21 años de edad, escribe el poema «Absoluto amor», marcado por una etapa sentimental con la que posteriormente rompe al cambiar su estatus de estudiante de Derecho en la Universidad de México y miembro de la Federación de Estudiantes Revolucionarios, para ejercer plenamente su vocación literaria y periodística –la cual realizó en todos los géneros–, e ingresar a las juventudes del Partido Comunista Mexicano (PCM), donde más tarde conformó la célula «José Carlos Mariátegui» con José Revueltas y otros militantes críticos del marxismo soviético.

En 1936, también Cárdenas y otros personajes toman opciones distintas a la Universidad Nacional, el rumbo del país y a la política interna y externa: crean el Instituto Politécnico Nacional y sus escuelas, declaran la educación socialista, proclaman el nacionalismo, establecen alianzas con la izquierda y se solidarizan con la República Española. En este año Huerta escribió el poema «Línea del Alba» y más tarde participó, como Paz, en las jornadas antifascistas de la Guerra Civil Española y el Socorro Rojo Internacional. En 1937 escribió el poema «Declaración de odio», fue un año agitado y violento: llegó León Trotsky a la ciudad de México ante la persecución estalinista y el repudio de los dirigentes del PCM (siendo instalado en la casa de Diego Rivera); Cárdenas expropió los Ferrocarriles Nacionales, se creó la Escuela de Ingeniería y Arquitectura del Politécnico con el apoyo de arquitectos de izquierda como Juan O’Gorman, Juan Legarreta y José Luis Cuevas Pietsanta; y Japón invadió China.

En 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial y Huerta participó en la recepción cardenista a los derrotados de la República Española. En 1940 se agudizó la división interna del PCM con las agresiones de David Alfaro Siqueiros a la casa de Trotsky y su posterior asesinato; además, en 1941 el gobierno de Manuel Ávila Camacho rompió las alianzas con la izquierda. Así, en 1943 Efraín Huerta publicó «Poemas de guerra y esperanza» donde refrenda su postura estalinista, sin embargo, es expulsado del PCM junto con otros escritores y periodistas críticos del estalinismo: Enrique Ramírez y Ramírez, José Alvarado y José Revueltas, estando en pleno apogeo la etapa sangrienta de la Segunda Guerra Mundial, y faltando aún por ver la invasión de los aliados en 1944 –año en que Huerta publica *Los hombres del Alba* y Revueltas su novela *Dios en la tierra*, Paz se va becado a Estados Unidos y nace el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación–, faltaba atestiguar los bombardeos a Hiroshima y Nagasaki (agosto de 1945) y la incorporación de Paz al Servicio Exte-

rior Mexicano (1946). Huerta murió en la ciudad de México en 1982, habiendo publicado, además de las referidas: *La rosa primitiva* (1950), *Los poemas de viaje 1949-1953* (1956), *Estrella en alto* (1956), *La raíz amarga* (1962), *El Tajín* (1963), *Poemas prohibidos y de amor* (1973), *Los eróticos y otros poemas* (1974), *Estampida de poemínimos* (1980) y *Transa poética* (1980).

Huerta aseguraba que: «El escritor debe tener la responsabilidad de ser humilde y de aceptar que siempre está empezando a escribir, o sea que todos los días debe andar un caminito de perfección. Si llega a la meta, hay muchos laureles en su futuro, aunque ninguna cuenta bancaria».

Octavio Paz escribió, tras la muerte de Huerta: «A mi generación, que fue la de Efraín Huerta, le tocó vivir el crecimiento de nuestra ciudad hasta, en menos de 40 años, verla convertida en lo que ahora es: una realidad que desafía a la realidad... Con nosotros comienza, en México, la poesía de la ciudad moderna. En ese comienzo Efraín Huerta tiene un sitio central».



En el interior de un tranvía. Luis G. Serrano.

El nuevo rostro de la capital

La ciudad de la década de los cuarenta, con un millón setecientos mil habitantes, una metrópoli que crecía vertiginosamente y traía cambios no sólo en la percepción del espacio, sino en las sensaciones que éste generaba. La transformación de la urbe y sus habitantes también fue registrada por jóvenes fotógrafos que a la postre serían los maestros de la mirada urbana: Nacho López, Héctor García y Luis Márquez.

El nuevo rostro de la ciudad se modificaba, y prueba de ello son los edificios de la Escuela Nacional de Maestros (1945) sobre la calzada México-Tacuba; el conjunto habitacional Presidente Miguel Alemán (1949), primer multifamiliar de la ciudad con más de mil departamentos y el inicio de la construcción de la Torre Latinoamericana (1950) sobre San Juan de Letrán, hoy Eje Central Lázaro Cárdenas.

No es casual que en los años cuarenta la industria de la construcción se convirtió en la más dinámica de todas, índice inequívoco de la aceleración del desarrollo arquitectónico y ensanche urbanístico que acabaría por transformar el aspecto de nuestras ciudades al cabo de varias décadas.² Ya los grandes proyectos edilicios estatales, así como de una intensa actividad constructiva financiada por el sector privado. Época del predominio social del arquitecto.

De estos cambios dieron cuenta los artistas plásticos e intelectuales de la época, quienes en su obra dejaron el testimonio de esta metamorfosis, prueba de ello son las obras *Paisaje de la ciudad* (1949) de Juan O' Gorman; *Río revuelto* (1949)

de José Chávez Morado; ambas ganadoras en el concurso convocado por el periódico *Excélsior*, bajo el tema de «La ciudad de México interpretada por sus pintores».

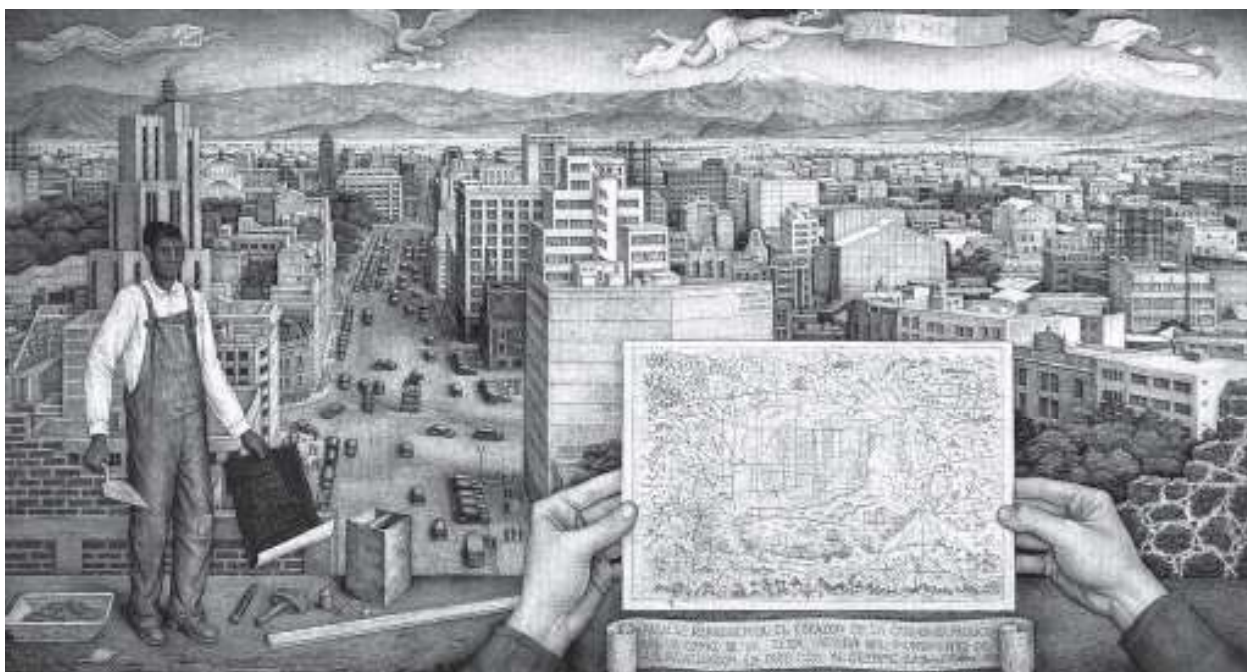
En *Paisaje de la ciudad*, «O'Gorman tuvo la visión para sintetizar un ámbito urbano que alteraba y alternaba su imagen, los edificios de tezontle, que de una ciudad que secularmente había mantenido una imagen uniforme, eran sustituidos por el vidrio y el acero».³

Por otra parte, se considera que en la década de los cuarenta se consolida el género urbano en la cinematografía nacional, durante esta época se distinguen tres vertientes principales en la cinematografía de la urbe: el popularismo de barriada, el de las cabareteras y el amor filial en peligro. El cine mexicano dejó el rancho por la capital para lanzar al estrellato a una ciudad de México que: «estallaba en carcajadas o que exudaba sangre, sudor, lágrimas y otras secreciones censuradas en la pantalla, pero imaginadas por los ávidos espectadores que devoraban imágenes urbanas desde la luneta hasta la 'gayola'».⁴ Entre los filmes de mayor éxito durante esa época podemos mencionar: *Campeón sin corona* (1945), *iEsquina bajan!* (1948), dirigidas por Alejandro Galindo; *Nosotros los pobres*

² Gustavo Curiel y otros. *Pintura y vida cotidiana en México 1650-1950*. México, Fomento Cultural Banamex/Conaculta, 1999, p. 274.

³ Vicente Quirarte. "Elogio de la calle", *Biografía literaria de la ciudad de México 1850-1992*. México, Cal y arena, 2004, p. 527.

⁴ Rafael Aviña. "Una mirada insólita", *Temas y géneros del cine mexicano*. México, Océano-Cineteca Nacional, 2004. p. 98.



La ciudad de México (*Paisaje de la ciudad*), 1947 Juan O' Gorman.

(1947) y *Ustedes los ricos* (1948) de Ismael Rodríguez, así como *Salón México* (1948) de Emilio Fernández, entre muchas otras. La ciudad como personaje principal, testigo visual y emocional de un desarrollo que fue ganando poco a poco espacio e imagen, hasta convertirse en una metrópoli radicalmente transformada. Imágenes de películas y documentales dieron cuenta de las nuevas calles, edificios y monumentos que poco a poco se transformarían en emblemáticos para la capital mexicana.

En la pintura, el cine y la literatura, la ciudad cobra protagonismo absoluto. Es la ciudad del anonimato protector, de la sonrisa escondida, de la fiesta esperanzadora, del clima benigno, de los ojos empeñosos. Atroz y amada, fascinante y desoladora, inhabitable e inevitable.⁵

Metrópolis vital y provocativa

Efraín Huerta cortejó a la ciudad de México, se le declaró con esa mezcla ambivalente de amor y odio, pero nunca con indiferencia. Supo habitarla y transitar por sus plazas, calles, jardines, bares, cantinas, cabaretes, pero también encontró un espacio donde jugó al desdén y al grosero reclamo, que por su intensidad no es más que desesperación por no poder cambiar el orden de las cosas, de la realidad que se impone y nos escupe la soledad de los mortales.

Un poeta que no pasa desapercibido, por el contrario, quien conoce la obra de Huerta, se queda prendado de ella, o la repele, porque es una poesía sin concesiones, no es la mirada hipócrita y romántica del amor cortés; es la mirada cínica y seductora del hombre que vive en una urbe caótica, provocativa, audaz y sensual; que atrapa y devora a quienes osan cortejarla e ingenuamente pretender poseerla.

La ciudad de Huerta que albergaba manifestaciones políticas, festivas, rituales, amorosas y artísticas de quienes se atrevieron a transitarla, interpelearla, confrontarla y en ella encontrar la aventura de la vida. Huerta supo tomar el pulso frenético de la urbe que iniciaba la travesía hacia la incierta modernidad, además de reivindicar la realidad de la metrópoli desde las entrañas y no como una burda postal turística y maquillada.

Carlos Monsiváis escribió: «[...] Huerta sabe elegir y convierte a un territorio sórdido y magnífico (la ciudad como calles que son modos de vida y estados de ánimo; el alba como conciencia del caos y la grandeza) en recinto y sede de sus cóleras, pasiones, odios y amores vehementes [...]»⁶

En tanto, Rafael Solana se equivocó al decir en 1944 en el prólogo de *Los hombres del alba* que Huerta no tenía sentido del humor y que nunca sería popular, pues al cabo del tiempo, se develaría como uno de los poetas más irónicos y su popularidad alcanzaría tintes notables e insospechados en

aquella época. Prueba de ello son sus poemínimos que arrancan carcajadas frescas y espontáneas.

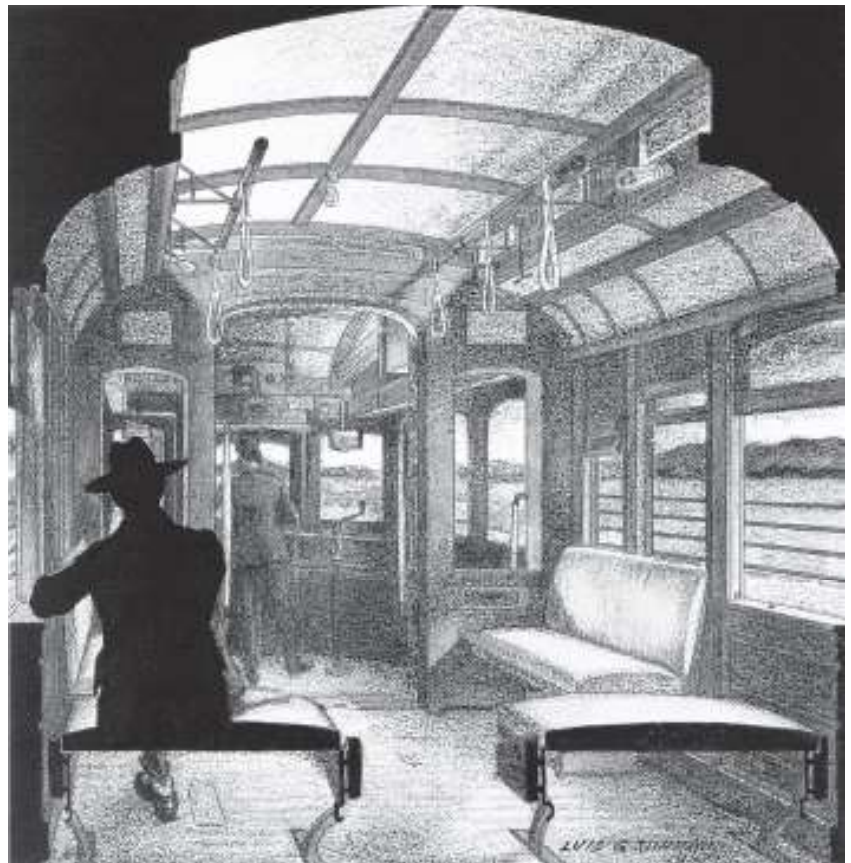
Carlos Montemayor escribe en «Notas sobre la poesía de Efraín Huerta»: «En 1944, en *Los hombres del alba*, se consolida en inmejorable alianza la ciudad, la conciencia política y el lenguaje descarnado que hace de cada verso una verdad dicha sin 'encubrimientos poéticos'».⁷

Efraín Huerta, hombre congruente y fecundo que miró a la ciudad de México como suya, mujer próxima, temible y entrañable que le despertó sensaciones y sentimientos que sólo los poetas pueden describir. La poesía de Huerta se despojó del lenguaje almidonado y encubridor, para dar paso a la realidad de una metrópoli viva que se mira diferente de día, por la noche y al alba, una ciudad que da, quita, enamora, atrapa, enloquece y enaltece lo que somos, lo que queremos ser y nos convierte en sus esclavos. La ciudad para Huerta, escri-

⁵ Gonzalo Celorio. *México, ciudad de papel*. México, Tusquets, 1998, p. 70.

⁶ Carlos Monsiváis, «Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX», en: *Historia general de México*, México, El colegio de México, 1977, p. 399.

⁷ Carlos Montemayor, «Notas sobre la poesía de Efraín Huerta», en: *Casa del tiempo*, México, UAM, Septiembre 2006, vol. II, número 80 XXV Aniversario p. 63. http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/80_sep_2005/62_68.pdf (30-marzo-2007).



En el interior de un tranvía. Luis G. Serrano.

bió Octavio Paz, «fue historia, política, alabanza, imprecación, farsa, comedia, picardía y muchas otras cosas pero, sobre todo, fue lugar de encuentro y desencuentro.

Huerta que en sus poemas nos habla de la ciudad que le tocó vivir, con un lenguaje claro, preciso, sin rodeos, que nos acerca, que nos identifica. Encontramos a la gente de verdad, que trabaja, suda, respira y sueña; los habitantes de la ciudad de México, los de a pie, los que se refugian en la penumbra de la noche o en la colectiva manifestación para contar, para aullar los odios, rencores, idilios, esperanzas y alivios que encontramos aquí: en nuestra ciudad generosa, salvaje, injusta, inmensa y tierna, pero siempre nuestra.

Las declaraciones de Huerta

En la «Declaración de amor» de Huerta encontramos la fascinación que ejerce la gran metrópoli en la que vivimos y sobrevivimos. La mirada de un poeta apasionado por la ciudad y los intersticios que la forman. Una declaración que contiene ternura y muerte, donde un hombre es todos los hombres y su vida es un reflejo de la sociedad.

Ciudad que llevas dentro
mi corazón, mi pena,
la desgracia verdosa
de los hombres del alba,



Efraín Huerta.

mil voces descompuestas
por el frío y el hambre.
Ciudad que lloras, mía,
maternal, dolorosa,
bella como camelia
y triste como lágrima,
mírame con tus ojos
de tezontle y granito,
caminar por tus calles
como sombra o neblina.

Un canto de amor y dolor. La ciudad no sólo como territorio, sino como un personaje entrañable que palpita entre la violencia y la ternura que genera. Un hombre que aúlla pasión por la urbe que le da identidad y pertenencia, a pesar de ella, a pesar de él.

Soy el llanto invisible
de millares de hombres.
Soy la ronca miseria,
la gris melancolía,
el fastidio hecho carne.

Yo soy mi corazón desamparado y negro.
Ciudad, invernadero,
gruta despedazada.

Bajo tu sombra, el viento del invierno
es una lluvia triste, y los hombres, amor,
son cuerpos gemidores, olas
quebrándose a los pies de las mujeres
en un largo momento de abandono
como nardos pudriéndose.

[...]

La ciudad oscura que se odia y se desea, que ofrece sitios oníricos de placer, belleza y repulsión. Una metrópoli viva en la penumbra de la noche, con la fauna que la puebla: sus perros, gatos, aves, hombres y mujeres que ofrecen un paisaje diferente bajo la cobija estrellada. La mirada del poeta que describe y descubre a la ciudad nocturna. La urbe desnuda en las contundentes palabras de Huerta.

[...]

Los hombres que te odian no comprenden
cómo eres pura, amplia,
rojiza, cariñosa, ciudad mía;
cómo te entregas, lenta,
a los niños que ríen,
a los hombres que aman claras hembras
de sonrisa despierta y fresco pensamiento,
a los pájaros que viven limpiamente
en tus jardines como axilas,
a los perros nocturnos
cuyos ladridos son mares de fiebre,
a los gatos, tigrillos por el día,
serpientes en la noche,
blandos peces al alba;
cómo te das, mujer de mil abrazos,
a nosotros, tus tímidos amantes:
cuando te desnudamos, se diría
que una cascada nace del silencio

donde habitan la piel de los crepúsculos,
 las tibias lágrimas de los relojes,
 las monedas perdidas,
 los días menos pensados
 y las naranjas vírgenes.
 [...]

Los sitios que distinguen a la ciudad, que le dan personalidad y carácter, no sólo elementos que ordenan y delimitan el territorio. La ciudad-mujer a la que se le canta y reclama, a la que se admira y teme. La metrópoli tiene a su trovador salvaje que la adora y la impugna. Al enamorado que la mira imponente y majestuosa, que no dejará de cantarle su amor, aparente desprecio y desesperación:

Mi gran ciudad de México:
 el fondo de tu sexo es un criadero
 de claras fortalezas,
 tu invierno es un engaño
 de alfileres y leche,
 tus chimeneas enormes
 dedos llorando niebla,
 tus jardines axilas la única verdad,
 tus estaciones campos
 de toros acerados,
 tus calles cauces duros
 para pies varoniles,
 tus templos viejos frutos

alimento de ancianas,
 tus horas como gritos
 de monstruos invisibles,
 itus rincones con llanto
 son las marcas de odio y de saliva
 carcomiendo tu pecho de dulzura!

Huerta nos describe en su «Declaración de amor» a la ciudad de México como el continente de nuestra historia, el tiempo concentrado en el espacio, la condensación del pasado y la memoria. La urbe, patrimonio colectivo en el que calles, edificios, monumentos y jardines se combinan con recuerdos y sentimientos.

En tanto, en «Declaración de odio», Huerta se dirige a una metrópoli que está en el umbral, naciendo y muriendo, que enloquece y estalla como una experiencia de la sociedad que la habita y se transforma en su cuerpo, arquitectónica, económica y políticamente, cada día más poblada y enfrentada por moles grises, amenazantes, que espían desde las alturas con mil ojos que nunca se cierran; ciudad desigual, heterogénea, donde todos caben sin distingos y eso los enfrenta hasta la muerte, hecha siempre cenizas; la ciudad es una experiencia avasalladora, ahí están emergiendo los grandes edificios de cristal que apagan el histórico color escarlata del tezontle capitalino, donde las nuevas



La ciudad de México, allá por 1970; 1947. Carlos Tejeda.

hordas urbanas se mezclan cínicamente con las viejas castas dominantes, la fe y el dolor de los poetas, es un escenario que no pueden ver los hombres «vacíos» y sólo hiere a los que están al alba:

[...]

Esta ciudad de ceniza y tezontle cada día
 menos puro,
 ciudad de acero, sangre y apagado sudor.
 Amplia y dolorosa ciudad donde caben los perros,
 la miseria y los homosexuales,
 las prostitutas y la famosa melancolía de
 los poetas,
 los rezos y las oraciones de los cristianos.
 Sarcástica ciudad donde la cobardía y el cinismo
 son
 alimento diario
 de los jovencitos alcahuetes de talles ondulantes,
 de las mujeres asnas, de los hombres vacíos.

Los colores que visten a la urbe, vienen de sus distintos amaneceres, pueden ser blancos, amarillos o violetas, pero también negros y rojos, representan fuerzas y movimientos, ideologías, consignas, ideales. Sitio para los que buscan actividad laboral remunerada y encuentran refugio en los jardines, esos que no cierran sus puertas ni se reservan derecho de admisión. Es la ciudad tibia y cotidiana, que en cualquier madrugada explota y surge la efervescencia política que se dirime en las calles, con el pueblo que toma por bandera la tan anhelada justicia social, que no suele visitar «el patio trasero». Ciudad contradictoria que abriga y abandona, pero no asesina a quien se acerca a ella, es la ciudad que anuncia el nuevo día, después de la tragedia: la revolución.

Ciudad negra o colérica o mansa o cruel,
 o fastidiosa nada más: sencillamente tibia.
 Pero valiente y vigorosa porque en sus calles
 viven los días rojos y azules
 de cuando el pueblo se organiza en columnas,
 los días y las noches de los militantes
 comunistas,
 los días y las noches de las huelgas victoriosas,
 los crudos días en que los desocupados
 adiestran
 su rencor
 agazapados en los jardines o en los quicios
 dolientes.
 [...]

Aullar el odio que duele y quema, pero al expresarlo Huerta nos pone en una situación de atisbar en la madrugada de la historia cotidiana de la capital mexicana, la admiración hacia una ciudad que alberga en el anonimato a sus nuevos habitantes, tan distintos y tan distantes del pueblo, sin nombre, con adjetivos los hace actores de ese pueblo que había inspirado la identidad nacionalista que ahora se desdibuja ante el capitalismo «moderno y civilizado» del vecino del norte, que aspira y no alcanza la gloria de los ejércitos rojos. La invasión de espacios emblemáticos de la capital, que caían como presa de la voracidad de una clase que terminaría por abandonarlos, pero sus espacios, prostituidos y maravillosos, son el cuerpo que ama y aborrece el poeta en las horas nocturnas y con las que amanece día tras día.

[...]

Te declaramos nuestro odio, magnífica ciudad.
 A ti, a tus tristes y vulgarísimos burgueses,



El camión, 1929. Frida Kahlo.

a tus chicas de aire, caramelos y films
americanos,
a tus juventudes *ice cream* rellenas de basura,
a tus desenfundados maricones que devastan
las escuelas, la plaza Garibaldi,
la viva y venenosa calle de San Juan
de Letrán.

Huerta coquetea con la ciudad y responde a su
seducción, la materializa y la siente, la ciudad lo
abarca en su tiempo y en su figura, pero la aborrece
porque es inasible, una puta refinada, flexible y
engalanada para las fiestas, que no es de nadie y es
de todos los que paguen sus encantos, la tiene y
la odia por su abandono, por la soledad en que lo
deja cada mañana, porque deja que delire todo el
día, que duerma y sueñe con ella, la ciudad que
no se conmueve, ni es capaz de soltar una sola
lágrima por él.

Te declaramos nuestro odio perfeccionado
a fuerza de sentirte cada día más inmensa,
cada hora más blanda, cada línea más brusca.
Y si te odiamos, linda, primorosa ciudad sin
esqueleto,
no lo hacemos por chiste refinado, nunca por
neurastenia,
sino por tu candor de virgen desvestida,

por tu mes de diciembre y tus pupilas secas,
por tu pequeña burguesía, por tus poetas
publicistas,
¡por tus poetas, grandísima ciudad!, por ellos y su
enfadosa categoría de descartados,
por sus flojas virtudes de ocho sonetos
diarios,
por sus lamentos al crepúsculo y a la soledad in-
terminable,
por sus retorcimientos histéricos de
prometeos sin sexo
o estatuas del sollozo, por su ritmo de asnos en
busca de una flauta.

El poeta esgrime más argumentos para odiarla:
su tiempo y su calma, le reclama que aloje a los
portadores de ideas distintas y extranjeras, empre-
sas, adversarios, militantes y exiliados del estalinis-
mo –como Trotsky–, que no expulse de sus raíces a
los que nos arrebatan lo «nuestro», el trabajo, el
destino y el orgullo; por atrapar el alba y el mañana.

Pero no es todo, ciudad de lenta vida.
Hay por ahí escondidos, asustados, acaso
masturbándose,
varias docenas de cobardes, niños de la teoría,
de la envidia y el caos, jóvenes del «sentido
práctico de la vida»,



El desayuno, 1948. Pablo O'Higgins,

ruines abandonados a sus propios orgasmos,
viles niños sin forma mascullando su tedio,
especulando en libros ajenos a lo nuestro.
¡A lo nuestro, ciudad!, lo que nos pertenece,
lo que vierte alegría y hace florecer júbilos,
risas, risas de gozo de unas bocas hambrientas,
hambrientas de trabajo,
de trabajo y orgullo de ser al fin varones
en un mundo distinto.

Huerta cierra con una promesa de odio y amor,
a la ciudad que puede ser la cuna de la gloria y
trepidar el anhelado día de la victoria, esa mañana
donde ya no será necesario odiar a nadie, y la ciudad
no será una coartada y una fuga, cuando la
ciudad engendre hombres, esos que tienen el aura
y por un momento eterno son los «hombres del alba»:

Así hemos visto limpias decisiones que saltan
paralizando el ruido mediocre de las calles,
puliendo caracteres, dando voces de alerta,
de esperanza y progreso.

Son rosas o geranios, claveles o palomas,
saludos de victoria y puños retadores.
Son las voces, los brazos y los pies decisivos,
y los rostros perfectos, y los ojos de fuego,
y la táctica en vilo de quienes hoy te odian
para amarte mañana cuando el alba sea alba
y no chorro de insultos, y no río de fatigas,
y no una puerta falsa para huir de rodillas.

«Es la ciudad perdida por antonomasia, pero encontrada por la literatura que la construye día a día, que la restaura, que la revela, que la cuida y que la reta». ⁸ La ciudad de México, espacio de identidad y

memoria, no podemos renunciar a ella sin perder vínculos sociales y valores culturales. Nadie como Efraín Huerta para mostrarnos a la capital mexicana seductora, cínica y entrañable ☹

⁸ Gonzalo Celorio, *op. cit.* p. 70.

Fuentes de consulta:

Aviña, Rafael. *Una mirada insólita. Temas y géneros del cine mexicano*. México, Océano-Cineteca Nacional, 2004.

Celorio, Gonzalo. *México ciudad de papel*. México, Tusquets editores, 1998.

Curiel Gustavo y otros. *Pintura y vida cotidiana en México 1650-1950*. México, Fomento Cultural Banamex/Conaculta, 1999.

Carlos Monsiváis. «Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX», en: *Historia general de México*, México, El colegio de México, 1977.

Montemayor, Carlos. «Notas sobre la poesía de Efraín Huerta», en: *Casa del Tiempo*, México, UAM, Septiembre 2005, vol. II, número 80 XXV Aniversario.

http://www.difusioncultural.uam.mx/casa-deltiempo/80_sep_2005/62_68.pdf (30-marzo-2007).

Peláez, Gerardo. *Partido Comunista Mexicano. 60 años de historia*. México, Universidad Autónoma de Sinaloa, tomo I, 1980.

Huerta, Efraín. *Efraín Huerta. Poesía completa*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004. Martí Soler (compilador), prólogo de David Huerta.

Vicente Quirarte, "Elogio de la calle", *Biografía literaria de la ciudad de México 1850-1992*. México, Cal y arena, 2004.



La Huelga. Antonio Ruiz, "El Corzo".